

Profesor, jefe, maestro, amigo

Fernando del Campo

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, Sener

Señor Presidente, señores Académicos, señoras y señores,

Estoy hoy aquí porque soy uno de los privilegiados que hace muchos años tuvieron a José Rivacoba como profesor en la Escuela de Caminos de Santander, y ese privilegio dio lugar a otros muchos que le siguieron, que incluyen haberle tenido también como jefe, como maestro, como amigo y en algunos aspectos casi como padre. Y el por ahora último privilegio de esa serie, que no se agota nunca, es estar hoy aquí con él disfrutando de este momento.

Algunos de esos privilegiados entre los que me cuento están hoy aquí y, aunque no pretendo ser su portavoz ni hablar en su nombre, creo que lo que digo es compartido en buena medida por todos ellos.

Chechu fue nuestro profesor de estructuras metálicas en los últimos cursos de ingeniería, hace más de treinta años. Hay que confesar que al principio nos pareció un profesor un poco atípico, que no se comportaba como un profesor al uso (y con eso no quiero decir nada negativo sobre los demás, entre los que también estaba Miguel (Losada), del que guardo también un recuerdo excelente). Chechu establecía con nosotros una relación muy poco formal, muy poco jerárquica, y parecía gustarle más la compañía de los alumnos que la de los profesores. Como pronto supimos algo de su pasado, enseguida empezamos a llamarle el ruso, que no dejaba de ser otra manera de expresar que era alguien un poco especial y diferente a los demás; más tarde supimos que era un nombre poco adecuado, porque Chechu no tenía nada de ruso, y en todos sus años en la Unión Soviética siempre se sintió muy español.

En clase Chechu escribía fórmulas en la pizarra con una notación que no nos era familiar, y citaba autores, referencias y obras rusos que también eran poco conocidos para nosotros. Pero aparte de todas esas peculiaridades, lo que notamos enseguida es que a lo que Chechu venía a la Escuela, por encima de enseñar, era sobre todo a ayudarnos. Con la generosidad que le ha caracterizado siempre, en este y en todos los aspectos de su vida, hacía un enorme esfuerzo por nosotros en las clases y en los apuntes que nos daba. Eran unos apuntes copiosísimos que nos traía todas las semanas, y que cubrían todos los temas que pudiéramos encontrarnos en nuestra vida profesional en el área de su asignatura. Hacía todo lo posible para que tuviéramos las herramientas necesarias para enfrentarnos a los problemas profesionales que pudiéramos encontrar en esa área. Y hay que decir que, efectivamente, lo que Chechu nos dio en la Escuela nos ha sido de mucha utilidad más adelante a muchos de nosotros. Yo todavía tengo los alrededor de 20 tomos de sus apuntes, y los he consultado muchas veces a lo largo de mi vida.

Cuando acabamos los estudios, Chechu nos invitó a algunos de sus alumnos a ir a Sener, y de su mano obtuvimos también nuestro primer trabajo estable, y de tenerle como profesor pasamos a tenerle como jefe. En cualquier empresa que se precie ahora se habla mucho de la captación

y gestión del talento, y algunas empresas incluso emplean cazatalentos. Bien, pues si me permite suponer que los que fuimos a Sener gracias a Chechu teníamos algún talento, eso es justamente lo que hizo Chechu entonces, cazar, captar y gestionar talento, a su manera, y mucho antes de que la expresión se usase con ese sentido, o al menos mucho antes de que se pusiera de moda.

Seguir a Chechu a Sener dio lugar a los otros privilegios que mencionaba al principio. Fue nuestro jefe, otra vez un jefe atípico, poco o más bien nada exigente en los asuntos formales y administrativos y, de nuevo con una enorme generosidad, siempre dispuesto a ayudar en los asuntos técnicos y no sólo técnicos. Así que enseguida dejamos de verle como un jefe para verle más como un Maestro, y cada conversación y cada reunión en la oficina se convertía en una clase y en una oportunidad para aprender de él y con él. Y digo con él porque también escuchó siempre las opiniones de los demás y las adoptó si creía que eran más adecuadas para resolver algún problema. Y como Chechu es hombre de muchos saberes e intereses, como ya se ha mencionado antes, muy pronto también esas lecciones se extendieron más allá de lo puramente técnico y entraron en otras áreas que a él también le gustan, así que le tuvimos de Maestro no sólo en asuntos de ingeniería sino también en otras áreas de historia, geografía, lingüística, literatura. Nos daba a leer sus traducciones del ruso de las obras y los autores que más le gustaban, obras del Conde Tolstoi, Lermontov, Vasili Grossman. La verdad es que no sé cómo encontraba tiempo para hacer tantas cosas (porque además a veces seguía preparando apuntes de algunas áreas no cubiertas por los anteriores).

Naturalmente la relación anterior dio lugar también a la amistad y, por la diferencia de edad y por el interés y la generosidad que Chechu ponía en ayudarnos en todo, también en lo personal, acabó convirtiéndose prácticamente en un padre para nosotros.

Con los años, a estos otros “hijos” de Chechu la vida nos fue dispersando y alejando. Unos hemos estado más cerca de él que otros, pero la relación que tuvimos con él y a través de él ha hecho que siempre hayamos mantenido un vínculo, entre nosotros y con Chechu, que ha durado ya más de treinta años, y esta ha sido una ocasión excelente para refrescar ese vínculo.

Para terminar, lo único que puedo lamentar de mi (o de nuestra) relación con Chechu, es que no le hemos dado, ni podremos darle nunca, ni la centésima parte de lo que él nos ha dado a nosotros. Así que, como seguramente no te hemos dado las gracias nunca, o desde luego no lo bastante, aprovecho esta oportunidad que me da la Real Academia de Ingeniería para dártelas ahora en nombre de estos otros hijos tuyos. De todo corazón, Chechu, muchísimas gracias.